lagos de la fortuna, vagante nuestro espíritu por el sendero ideal de las ilusiones.

*
* *

Pasó el año 1883,—vaya bendito de Dios,—dejando nuestro cuerpo yerto de frio y nuestra alma sin átomo de tranquilidad. Tristes recuerdos deja de azarosas circunstancias políticas porque ha pasado nuestra desgraciada nación, tan bella según reconocemos con sobrada modestia. Quiebras de consideración que han causado dolorosas huellas en las familias, crímenes, cual nunca se habían contado, que han hecho necesarias las modernas Audiencias de partido, luchas periodísticas, que, empezando por la amenaza y siguiendo por el insulto, han terminado en los salones de un restaurant, cesantías de empleados que sufren perpétuo ayuno, reformas en el ejército, siempre en actitud de recibirlas, misterio y tinieblas en los presupuestos, desórdenes y descontento contínuos, animosidades y recelos, y finalmente, balances é inventarios, cuentas saldadas, deudores, acreedores y... lo de siempre, recargado de color.

*
* *

Despidámonos, pues, del año 1883 que ha sembrado por doquiera el espanto y la augustia, llevándose para colmo de desgracias miles de seres queridos, indivíduos de familia y amigos íntimos, labrando en nuestros corazones triste recuerdo y profundo dolor.

Adiós año 1883, deja que en mi despedida, aunque algo extemporánea, estreche tu callosa y negruzca mano manchada por tus propias obras, deja que observe tu salida con indiferente actitud, con estoica calma, con glacial espresión y fria sonrisa.

¡Sea tu memoria lijera!

*
* *

Yo te saludo año de 1884, por tu franca mirada y el semblante risueño de ese cielo límpido y transparente, que, cual espejo del espacio ostentas en tus primeros dias. No vuelvas la vista atrás para tomar ejemplo de tu antecesor, por mas que te digan que fué tu padre. No creas en sandeces de ese género; que á ser cierto esto, te hubiera legado un reinado de gloria y no te dejara espuesto en tu corta edad á los vaivenes del *tiempo*. Toma mi consejo: sigue las huellas del progreso, destruye de raiz el vicio y los crímenes, que son sus hermanos, estirpa el afán de medro que domina en todas las clases sociales y esparce por doquiera rayos de luz y de civilización, fomentando el amor al trabajo y creando lazos de unión en la familia humana.

A nuestra media y bella mitad, no la olvides. Sus caprichos son sus modas, sus deseos sus amores. Ocasión tienes de salir airoso, ya que en tus cortos dias te has colocado en actitud de demostrar que todo lo puedes dirigiendo el tiempo á tu antojo. Se generoso con las bellas, que cifran toda su vida en parecer bonitas, y con los hombres muéstrate inflexible, severo, enérgico, y justiciero, amparando la desgracia y la miseria.

FEDERICO HOSTENCH.

LEJOS DEL MUNDO

SONETO

Por mas que del placer la copa impura
Con febril ansiedad el hombre escancia,
Aspirar no consigue la fragancia
De la ignorada flor de la ventura.
En vano el bien que delirante augura
Busca del mundo en la revuelta estancia,
Que el *mas allá* que humilla su arrogancia
Le acosa hasta la helada sepultura.
Por eso el alma, en la contínua guerra
Que sostiene á su paso por el suelo
Con la frágil arcilla que la encierra,
Para encontrar á su dolor consuelo,
Ha de apartar sus ojos de la tierra
Y fijar sus miradas en el cielo.

CARLOS CANO.

NAPOLEÓN I Y LAS MUJERES

Las curiosas anécdotas siguientes extraidas de varias Memorias, sin tener para nada en cuenta el orden cronológico, se refieren todas á circunstancias de la vida en que el emperador se halló en relación con varias mujeres, acerca de las cuales tuvo ocasión de formar un juicio ó una opinión cualquiera.

*
* *

O' Meara, nacido en 1786 en Irlanda y muerto cerca de Londres, en Junio de 1838, era en Julio de 1815 cirujano mayor de la marina real de Inglaterra, á bordo del *Bellerophon*, cuando aceptó la proposición que se le hizo de acompañar á Napoleón en el *Northumberland*, y quedarse con él en Santa Elena en calidad de cirujano.

Napoleón se complacía en conversar, y solía referir anécdotas muy curiosas.

Ahora bien, el 16 de Mayo de 1817, Napoleón, en un momento de abandono que le era natural, hablando con los pocos amigos que su mala fortuna le había dejado, recordaba que los ingleses llevaban siempre un bagaje muy considerable y demasiadas mujeres detrás de su ejército.

Y en efecto, añadía, las mujeres, cuando salen malas, son peores que los hombres y se hallan más dispuestas que éstos á cometer crímenes.

Una vez que el sexo en el cual domina la dulzura se halla degradado, cae en un envilecimiento más vergonzoso que el nuestro. Las mujeres son siempre ó mucho mejores ó mucho peores que los hombres.

Cuando yo mandaba en las gargantas del Tende, pais muy montañoso en que el ejército, para entrar en el, se veia obligado á pasar por un estrecho puente, había dado órdenes para que no se permitiera que ninguna mujer fuese á la zaga de las tropas, en atención á que el servicio era muy difícil y exigía estuvieran constantemente alerta.

Para asegurar el cumplimiento de esta órden, coloqué á dos capitanes en el puente, intimándoles bajo pena de muerte á no dejar paso á mujer alguna.

Yo mismo acudí al puente para asegurarme de que era obedecido, y encontré allí una multitud de mujeres agrupadas.

En cuanto me vieron empezaron á llenarme de invectivas, gritando:

—¡Ah...! ¿eres tú quién ha dado la orden de no dejarnos pasar?

A pocas leguas de allí me quedé asombrado al ver un número considerable de mujeres en compañía de las tropas. En el acto di orden de que detuvieran á los dos capitanes y los trajeran á mí presencia. Estaba dispuesto á juzgarlos sobre el mismo terreno. Protestaron de su inocencia y aseguraron que ninguna mujer había atrevesado el puente.

Mandé que vinieran algunas de aquellas mujeres, y con gran extrañeza mia, confesaron que habian vaciado algunos toneles en que iban las provisiones del ejército, y se habían metido dentro á fin de pasar sin ser vistas.

*
* *

En un tomo impreso en 1826 en casa de Henri, encontramos algunas otras anécdotas, de las cuales tomaremos unas cuantas que son poco conocidas.

Empecemos por Mme. de Stael.

En la gran fiesta que el ministro de Relaciones exteriores dió á Bonaparte, después de su gloriosa campaña de Italia, Mme. de Stael abordó al general y la interpeló vivamente, preguntándole cual era á sus ojos la primera mujer, muerta ó viva.

—La que tiene más hijos,—contestó Bonaparte con el mayor desparpajo.

Mme. de Stael, desconcertada en un principio, trató de serenarse y le hizo presente que tenía reputación de poco amor á las mujeres.

—Dispensadme, señora,—repuso el general,—amo mucho á la mia.

Estas palabras constituian una contestación aguda á una carta que ella le habia escrito hacía algún tiempo.

«Un error de las instituciones humanas, había dicho Mme. de Stael en la tal carta, era la causa de que aquel hombre tuviera por esposa una insignificante criolla, y que un alma de fuego como la suya (la de Mme. Stael) era la destinada por la Naturaleza á un héroe como él.»

La ilustre escritora iba con frecuencia á las Tullerías, y en aquella época quería hacerse nombrar dama de palacio y pasar del salon de tertulias al gabinete de la diplomacia. El emperador la la mantenía á cierta distancia y se resistía á las lisonjas de aquella brillantísima Corina, que ocultaba en su seno los sistemas y la ambición de las Catalinas y las Isabeles. Sin embargo, Mme de Stael no cejaba, y cierto dia, después de una noche de proyectos y de esperanzas, se presenta muy de mañana en palacio.

Entra precipitadamente y tratan de detenerla; pero se rie de la consigna, y cruzando salones y galerías prosigue su camino, á pesar de los chambelanes y los ayudas de cámara.

Al fin le dicen:

—¡El emperador está en el baño!

Tal circunstancia no la detiene ni la distrae; continúa con el mismo paso, y abriendo por sí misma la última puerta, encuentra al héroe en paños menores.

El emperador, un tanto turbado, le hace presente que no le era posible dar audiencia en camisa.

—No importa,—exclama Mme. Stael.—El genio no tiene sexo. Escuchadme.

Entáblase entonces una conversación en extremo original entre un monarca en el baño y una inspirada Pitonisa, que discuten, apelando á todo género de máximas y de razonamientos.

El príncipe, olvidando su posición, hace frente á aquella tempestad imprevista; se pone de pié en su baño, y la otra, alzando la voz como si hablara en nombre del destino, predice con calor los males y las resistencias, el levantamiento de Europa y la postración de Francia, y habla del cetro imperial, roto y arrojado por las libertades públicas al abismo de los tiempos.

*
* *

En Tilsit fué donde el emperador vió por primera vez á la hermosa reina de Prusia, Amelia Guillermina.

—Es una mujer encantadora,—dijo Napoleón dirigiéndose á uno de sus generales.

—Será,—contestó el cortesano,—una rosa junto á un montón de laureles.

El monarca se mostró en extremo galante con la princesa, y después de haber hecho un ramo de rosas y siemprevivas, se lo ofreció cariñosamente.

—Nos conocemos muy poco,—dijo la reina con las mejillas encendidas por el pudor.

Napoleón insistió, diciendo:

—Aceptad, señora, aceptad; esta es prenda segura de la amistad que os profeso.

La princesa, pálida y temblorosa, admitió las flores; y animada por tan lisonjeras frases, se atrevió á pedirle la plaza de Magdeburgo para su hijo.

—¡Magdeburgo! ¡Magdeburgo!—repuso Bonaparte, como si tratara de sustraerse á la seducción de sus sentidos.—¡No penseis en eso, señora, no penseis en eso!

Y se alejó rápidamente, cual nuevo José huyendo de las seducciones de la esposa de Putifar.

X.

¿HONOR?

DOLORA

Qué es eso?—Un recién nacido
Un hermoso niño, un ángel,
Que de alguna de esas puertas
Habrán arrojado.—¡Infames!
Mas ¿quién cometió ese crimen?
—¡Una mujer, una madre,
Que, en secreto, gime y llora
La perfidia de un amante!
—Y ¿por qué causa, la pobre,
Cometió un crimen tan grande?
—¡Por temor de que ese niño
Su claro honor le empañase!
—Pues yo á comprender no acierto
Honras tan extravagantes,
Que por un engaño mueran
Y con un crimen se salven,
Ni el honor tengo por honra,
Si exige, por no empañarse,
Que se trasforme una víctima
En verdugo repugnante;
Pues que aumenta la deshonra
Toda idea que demande
A la que es madre, que arroje
¡Sus entrañas á la calle!

Isidoro Frias Fontanilles.

NOTAS SOBRE L' ORÍGEN Y FORMACIÓ DE LAS MUNICIPALITATS

Una de las principals causas que han contribuit á formar las nacionalitats llatinas, una de las que mes las han caracterisat y distingit, es sens dupte la municipalitat. Aquesta comensá á principis de la Edat mitja, y podem afirmar que en Espanya. Lo municipi romá te alguns punts de contacte ab la municipalitat de que tractém, peró no es la mateixa, ni nasqué per las mateixas causas, ni sisquera li doná orígen. La municipalitat nostra prengué algunas semblansas del municipi romá, quan ja estava formada, es á dir va buscar una pauta pera modificar sa constitució peró no pera constituirse. L' origen y 'l tipo especial de la municipalitat hem de buscarlo, y l' hi trobarém, en la Reconquista. Si la municipalitat hagués nascut del municipi romá, serían iguals ó quan menys molt semblants sas formas en totas las nacions europeas, que al comensament de l' Edat mitja se barrejaren ab los despulls de Roma, de la qual ne prengueren molts costums y lleys; y res mes distint que las condicions del sistema comunal del Nort y las del Mitj-dia d' Europa. Això prova també que allí hont no concorreguéren las circunstancias que á Espanya, no hi nasqué, no hi pogué naixer la municipalitat. Lo feudalisme, la monarquía y la teocracia s' hi oposavan; en Espanya la forsa dels aconteixements se va fer superior als tres grans poders.

Mort en Espanya la monarquía goda, per efecte de l' invasió sarrahina, y s' originan inmediatament las municipalitats. Es inútil que las volgám buscar avans, com alguns y fins notables escriptors intentan; los antichs concells de Toledo res tenen que véure ab las municipalitats, nova forma que naturalment pren la nacionalitat espanyola pera desenrotllarse. Los citats concells no son mes que concilis mes ó menys disfressats. La societat espanyola va naixer á petitas collas, es á dir, federativament, y d' aquí la diversitat entre provincias y fins entre comarcas de provincias, que encara conserva. Es cert que un principi d' unitat domina en aquexa varietat, y la forma principal de tal unitat es lo gran sentiment d' independencia que á tots los espanyols anima, es á dir, lo aplegarse pera defendre's; peró los segles no han pogut esborrar los vivents recorts del sistema comunal y las senyals que aquest deixá; y si bé las provincias espanyolas tendeixen naturalment á unirse en temps de guerra, tendeixen naturalment á separarse en temps de pau y á progresar cada una ab sos propis elements.

Los espanyols hagueren de reconquistar la terra molt penosament y á poch á poch; las fronteras cristianas anavan anant, percó ¡á quantas envestidas estavan subjectadas! La defensa y l' atach devian organisarse sobre 'l camp de batalla, y no podián esperarse ordes ni ausilis de la capital; era precisa donch la disgregació: era necesari fomentarla, y per això los mateixos reys la fomentavan, ab concessió dels *furs* y d' altras ventatjas que compensavan las penalitats dels braus que vivian en las fronteras. Si 'ls reys no haguessin apoyat y